

## PRESENTACIÓN

*Fernando Broncano*

La filosofía de la mente es una de las disciplinas filosóficas que ha recibido mayor atención en los últimos años. Es también, o quizás por ello, una de las disciplinas donde se han producido novedades filosóficas que van más allá del mero comentario histórico y generan nuevas visiones del mundo. Como se comprobará leyendo este volumen, apenas hay historia de la filosofía explícita en él. No por desprecio o ignorancia, sino porque la marea de nuevos problemas a los que enfrentarse deja poco espacio para la filología. Es, sobre todo, un ámbito en el que las discusiones versan acerca de problemas vivos, importantes y últimos. Hay varias causas que lo explican. La primera de ellas es que la mente humana constituye una de las fronteras donde la investigación científica está haciendo los avances más espectaculares del siglo. El desarrollo es pluridisciplinar, rapidísimo, desordenado, desigual. Mucho más que en las ciencias maduras pero de lento desarrollo, las ciencias de la mente exigen imaginación, propuestas nuevas, discusiones vivas y un entusiasmo por el descubrimiento que atraen irresistiblemente al filósofo curioso por su mundo. La filosofía de la mente pertenece a la vieja tradición de la filosofía natural, la filosofía que especulaba no sobre, ni antes, ni después, ni debajo de las ciencias, sino al compás de ellas, revuelta con los científicos y despreciada de las matrices disciplinares y las profesiones académicas. Quienes se dejan envolver por esta corriente tienen el privilegio de ser arrasados por discusiones en las que suenan diferentes voces que hablan desde distintas disciplinas, con términos engañosamente iguales en ocasiones y sobre las mismas cuestiones de fondo bajo la aparente diversidad, mas siempre sobre problemas muy relevantes. La lingüística, la psicología, la inteligencia artificial, las ciencias cognitivas, la robótica, la biología evolucionista, la antropología, la etología, las neurociencias,

la neuropsicología, la neurofisiología, neurocomputación, la lógica y la teoría de la computabilidad, las matemáticas de los sistemas dinámicos, la filosofía del lenguaje. Toda aportación es bien recibida si tiene algo profundo que decir. La naturaleza de la mente ha dejado de ser el territorio exclusivo de los psicólogos; es un territorio abierto a la especulación.

No es casual, pues, que en la filosofía de la mente se hayan producido algunos de los más importantes desarrollos filosóficos del siglo. A pesar de que todavía no tienen un reconocimiento amplio en la comunidad filosófica, las diversas formas de funcionalismo son, por poner un ejemplo, la principal innovación metafísica desde las polémicas del XVIII y XIX, más allá de la encrucijada entre el materialismo y el idealismo. Como también son nuevas las preguntas que plantea el eliminativismo. Lo mismo podríamos decir de la noción de sobreveniencia, heredera del emergentismo de los años treinta, o de las nuevas perspectivas lógicas, no logicistas, sobre la naturaleza del razonamiento real de los sujetos reales.

Muchas teorías y problemas discutidos en este volumen parecerán esotéricos y lejanos a la intuición común. Es porque son teorías y problemas nuevos, técnicos, que exigen conceptos nuevos y técnicos, pero, sobre todo, porque modifican profundamente la intuición común que tenemos acerca de nuestra propia mente. Por ejemplo, la naturaleza del contenido mental, que afecta profundamente a la idea de idea, prácticamente intacta desde Platón, o las críticas a la vieja idea de la mente dividida en facultades, herencia aristotélica también intacta bajo tantos cambios filosóficos superficiales, o el cuestionamiento irreversible de la concepción neocartesiana, uno de los ejes centrales de la filosofía de nuestro siglo.

El volumen se ha concebido en el mismo espíritu que guió a los redactores de *L'Encyclopédie*. Se busca claridad expositiva, didáctica filosófica y amplitud de perspectivas, pero no conclusiones estables y definitivas. Nos hemos propuesto hacer un volumen histórico, que tenga sentido como un manual de intervención inmediata en la discusión actual, pero no un volumen para la historia. Hemos dividido el volumen en los temas esenciales desde la perspectiva contemporánea, esto es, los temas que son objeto de mayor discusión entre los filósofos y los científicos.

La primera parte, que abarca los artículos de Eduardo Rabossi, Manuel García Carpintero, Daniel Quesada, Jesús Ezquerro y Josep Corbí y Josep Lluís Prades, se ocupa de la introducción a las concepciones sobre la mente vigentes en la actualidad. Se examina el problema de cómo entender el fenómeno de lo mental desde una perspectiva científica y naturalista. Eduardo Rabossi estudia las tesis de la identidad entre fenómenos mentales y fenómenos cerebrales, una alternativa que adopta una posición muy clara y operativa para el trabajo científico, pero que ha sufrido

en las dos últimas décadas el ataque de los argumentos del funcionalismo, quizás la más importante de las concepciones de lo mental en este siglo, puesto que permite recoger todo lo que el dualismo mente-cuerpo tradicional podía explicar sin caer en su principal dificultad: cómo entender el hecho, difícilmente discutible, de la interacción entre fenómenos físicos y mentales, sin suponer algo así como la armonía preestablecida entre lo que piensa la mente y lo que hace el cuerpo. Este problema es el que ha hecho que alternativas neocartesianas, como la representada por Popper, no hayan tenido buena acogida. Manuel García Carpintero reconstruye el concepto y la historia del funcionalismo comparándola con sus más directos rivales, el conductismo y la concepción cartesiana de lo mental. Daniel Quesada, por su parte, escribe sobre una forma especial de funcionalismo, el llamado funcionalismo biológico, una de las más novedosas concepciones de lo mental, que recupera la naturalidad de lo mental en un mundo de funciones biológicas que tienen una explicación diferente a la de los fenómenos fisicoquímicos de los órganos que las realizan. El funcionalismo biológico nos recuerda que la mayoría de los problemas filosóficos que encontramos en la relación entre fenómenos mentales y fenómenos corporales los encontramos también cuando examinamos las relaciones entre órganos y las funciones que cumplen las actividades que realizan esos órganos. Jesús Ezquerro, en su trabajo sobre las arquitecturas de lo mental, nos ofrece una idea fidedigna de las aportaciones que está haciendo la llamada inteligencia artificial a la comprensión de la naturaleza de los estados mentales. Después de varias décadas de discusiones acerca de la metáfora del ordenador, ha ido imponiéndose la realidad de la investigación sobre las discusiones de principio. No importa tanto si los ordenadores y los cerebros son sistemas que pertenecen a una clase próxima o igual, cuanto que la metáfora o el modelo ha sido muy productiva como fuente de imaginación creadora y ha dado lugar a hipótesis audaces sobre el diseño de las funciones intelectuales superiores. Estas hipótesis son teóricas, en el sentido de que trascienden los datos psicológicos, ni siquiera se comprometen con el prejuicio de que vayan a ser inequívocamente humanas, pero las mejores tentativas que tenemos de aproximarnos a la estructura de las operaciones mentales de una manera científica. Puede hablarse de un antes y un después de las teorías de la arquitectura de lo mental. Ya comienza a ser normal en los contextos de psicología el uso de los esotéricos nombres de las teorías presentadas en este trabajo, manejadas como auténticas hipótesis psicológicas, sin importar demasiado si su origen fue el diseño de ordenadores inteligentes o la observación de la conducta de los propios hijos, como hacía Piaget. El trabajo de Jesús Ezquerro no es, sin embargo, solamente informativo, sino que se enfrenta a los problemas filosóficos, genuinamente filosóficos, que presenta esta idea de estudiar la mente como un edificio del que puede extraerse el plano en sucesivos ni-

veles de aproximación. Josep Corbí y Josep Lluís Prades abordan la cuestión de lo que podríamos llamar la «arquitectura» de lo mental desde la perspectiva que se ha denominado «conexionista». El conexionismo es la venganza contra lo que durante las últimas décadas se denominó la «metáfora del ordenador» como imagen de la naturaleza de lo mental. Tras el cerebro como un ordenador, la inteligencia artificial ha pasado a servirse de las neuronas de verdad como modelo para construir ordenadores y programas que se parezcan al cerebro en su estructura física y funciones. Como resultado, se han elaborado espectaculares programas que son capaces de aprender a realizar tareas antes exclusivas de los seres humanos. El conexionismo es la filosofía que se propone estudiar la mente usando estos sistemas como modelos de las principales funciones mentales y es uno de los pocos casos en los que realmente podemos hablar de cambio de paradigma en el estudio de un fenómeno humano. En este trabajo se presentan las principales regiones a las que afectaría la revolución conexionista, de extenderse y tener éxito.

Una segunda parte se ocupa del estudio de aquello que desde Brentano se ha concebido como la característica definitoria de lo mental, la propiedad que denotamos con el nombre de *intencionalidad*, el estar «dirigido a» un cierto objeto. Juan José Acero ha sido el encargado de presentar las principales concepciones del aspecto más importante de los fenómenos intencionales, el que tengan contenido mental. Cuál sea la naturaleza de este contenido y cómo acomodar su estudio en la empresa científica es el objetivo de su trabajo. En él se presenta un panorama completo de las teorías vigentes sobre el contenido mental que tienen vigencia operativa en las ciencias que se ocupan de los fenómenos mentales. Manuel Liz tiene sobre sí la tarea de presentar uno de los problemas más complicados que uno puede encontrar cuando se enfrenta al estudio de la naturaleza de lo mental. Se trata de la cuestión de cómo los contenidos mentales, a los que acudimos para dar razón de nuestra conducta intencionada e intencional, pueden causar hechos cuya naturaleza no es mental. Si los contenidos son cosas físicas, como piensan quienes identifican estados mentales con procesos cerebrales, entonces no habrá problema, porque ocurrirá que unos procesos físicos causan otros procesos físicos. Pero esto es lo mismo que decir que los contenidos mentales no son nada, que no los necesitamos para explicar la conducta, porque nos basta, o nos bastará cuando se complete, la descripción neuroquímica del cerebro. De manera que llegaríamos a concluir que si los conceptos mentales cumplen su función de ayudar a explicar nuestra conducta, entonces no son necesarios, y si no cumplen su función entonces sí que son realmente innecesarios. Liz nos introduce al concepto filosófico de sobreveniencia o superveniencia, quizás uno de los pocos conceptos realmente nuevos que han surgido en la filosofía de este siglo. Josefa Toribio trata un tema relacionado con la discusión anterior y derivado del

desarrollo de las ciencias que se ocupan de lo mental: ¿hasta qué punto está bien fundamentado todo este aparato conceptual con el que describimos los fenómenos mentales? Sabemos por la historia de la ciencia y de la cultura que nuestros conceptos sobre el universo han cambiado de forma radical a lo largo del tiempo, y aunque no haya cambiado nuestro modo de hablar sobre las cosas, estamos convencidos de que la mayoría de las veces no es más que un modo de hablar. Decimos que sale el sol o que el calor pasa de los cuerpos calientes a los cuerpos fríos, pero sabemos bien que estas expresiones sirven sólo para andar por casa y no para hacer física. Sin embargo, los conceptos con los que describimos lo mental, la idea de idea pongamos por caso, no solamente no se ha modificado desde los más remotos tiempos, sino que muchos piensan que no se puede ni debe modificar. En el lado contrario, algunos filósofos tienen una opinión muy diferente y han calificado a toda esta terminología de «psicología popular» (*folk*, en el término inglés original), con el objetivo de asimilarla a las charlas que uno escucha en el mercado cuando oye describir a la gente sus enfermedades y que bien pueden ser calificadas de medicina popular. A esta concepción se la denomina eliminativismo y, como su propio nombre indica, propone una solución realmente final para el problema mente-cuerpo.

La tercera parte aborda algunos de los principales aspectos de lo que tradicionalmente han sido consideradas facultades de la mente: lenguaje, pensamiento, racionalidad, percepción, conciencia. Se han abordado, lo mismo que los temas anteriores, desde la perspectiva de su último tratamiento. Antoni Gomila se ocupa del lenguaje y de cómo pudo emerger en el tiempo esta facultad, la más importante para la configuración de la mente humana. Ya nadie duda a estas alturas de que el *homo sapiens sapiens* es el único mono gramático que subsiste en la superficie de la Tierra y de que la capacidad para el lenguaje es en gran parte innata, y de que la cuestión de cómo tal cosa pudo ser posible es quizás una de las preguntas más profundas que uno puede dirigir a la teoría de la evolución. El estudio evolutivo del lenguaje no es solamente un problema histórico o antropológico: aporta también una forma de mirar el propio lenguaje, pero sobre todo una forma de mirar cuál es nuestra identidad natural como especie. Fernando Broncano desarrolla varios de los aspectos correlacionados con lo que tradicionalmente hemos llamado razón o racionalidad: qué modelo describe la racionalidad, qué relaciones hay entre racionalidad y emociones, si puede hablarse individualmente de racionalidad o si acaso la racionalidad no sería una herencia de nuestra constitución como especie social, la herencia de los monos que se organizaron en bandas y que, al hacerlo, generaron un nuevo medio ambiente lleno de nuevos problemas que nacen de las relaciones sociales y no de la exigencia de supervivencia física. Vicente Sanfélix presenta las principales concepciones actuales sobre la percepción, otra de las grandes regio-

nes de investigación de lo mental. Alfonso García Suárez nos muestra precisamente un problema general de todo lo mental, pero en el que la percepción se involucra de modo especial, a saber, el problema de las cualidades fenomenológicas o «qualia», de hecho el lugar donde nació el problema de lo mental, cuando Descartes y sus contemporáneos notaron para el resto de los tiempos que no hay cosas rojas ni amargas, sino percepciones de algo como rojo o como amargo. García Suárez nos introduce a la panoplia de argumentos y concepciones sobre la realidad de estas propiedades que tradicionalmente se llamaban secundarias, y con ello a una de las cuestiones de más difícil tratamiento de la filosofía de la mente, pero también de las piedras angulares de cualquier teoría de lo mental. Por último, Enrique Villanueva nos presenta el problema de la conciencia, la facultad que casi todos relacionaríamos de manera más inmediata con la naturaleza de lo mental. ¿Es soluble el problema de explicar la naturaleza de la conciencia? ¿es siquiera planteable? ¿cuántas y cuáles son las dimensiones del problema? Muchos son los que creen que la conciencia es el muro contra el que chocarán todos los intentos de integrar nuestra naturaleza en la naturaleza de las cosas. Otros, que bajo el nombre de conciencia agrupamos demasiadas cosas, no todas ellas homogéneas.

Ninguna de las discusiones, de los argumentos y teorías resulta fácil de seguir. Aparecen muchos nombres nuevos que seguramente no son familiares y teorías que en apariencia resultan ajenas a la filosofía tradicional. Pero sólo en apariencia. Hay una continuidad en el desarrollo del estudio de la mente desde los primeros tiempos de la filosofía. Pero del mismo modo que después de la revolución científica aparecen nuevos conceptos que determinan el modo de pensar la naturaleza, en el siglo xx la mente es la frontera en la que se producen los cambios más profundos en la concepción de nuestra propia identidad. Las ciencias de la mente son ciencias naturales, pero quién se atrevería a negarles el estatuto de ciencias humanas y, a la inversa, son ciencias humanas a las que solamente unos cuantos se niegan a reconocer como naturales.

¿Qué somos? ¿de dónde venimos? ¿qué nos cabe esperar? ¿qué es el hombre?: que nadie espere una respuesta a estas preguntas leyendo este volumen. Pero que nadie crea que se puede responder a ellas sin responder a otras cuestiones que aquí se suscitan.